

LA LECTURA CREYENTE DE LA REALIDAD

Observatorio Arquidiocesano
de Evangelización

Resumen

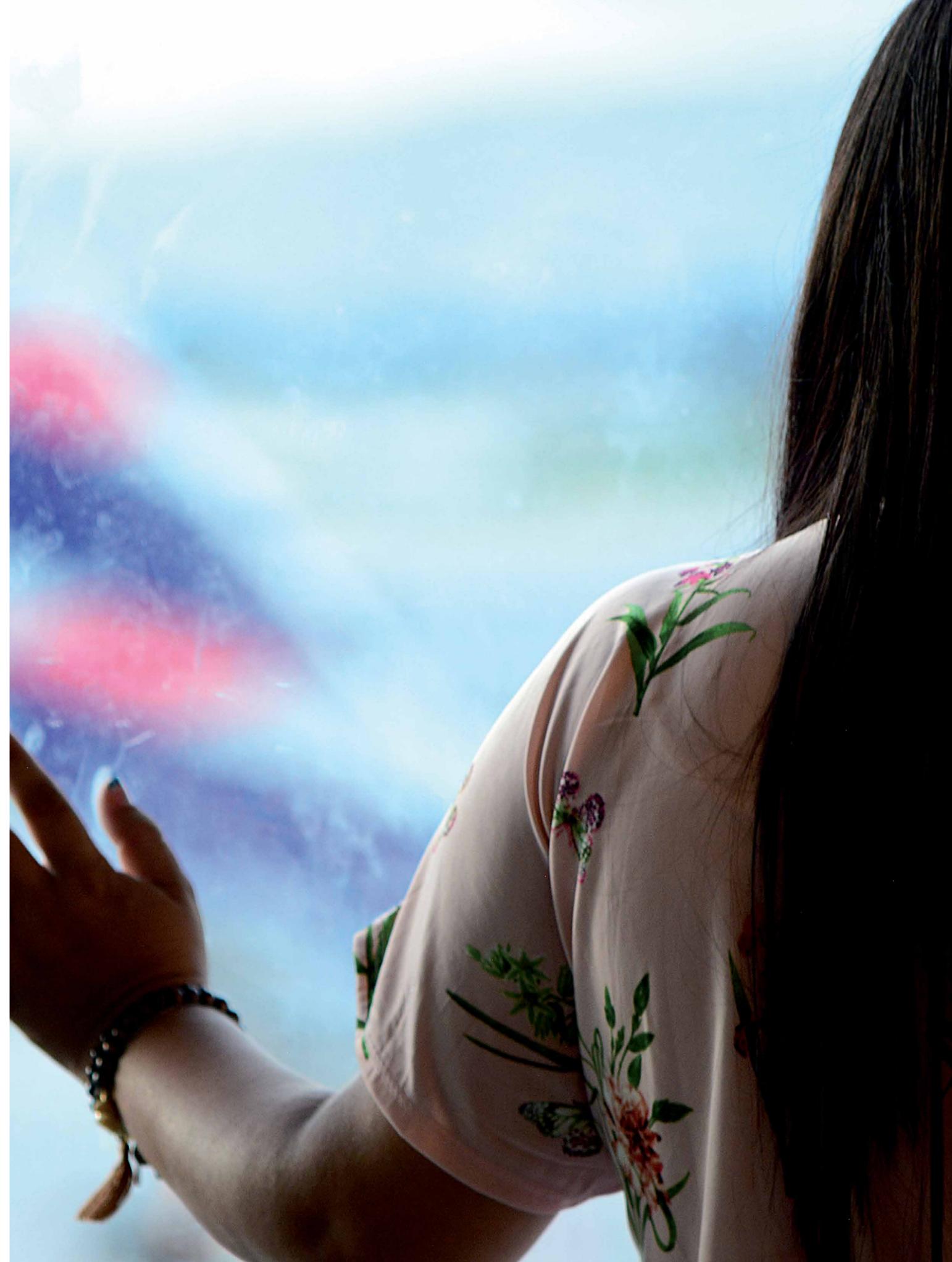
Los discípulos misioneros y las comunidades eclesiales están llamados, de manera permanente, al cultivo de una actitud de lectura crítica, análisis e interpretación de la realidad a la luz de la fe, como fuente de conversión e instrumento de evangelización. Esto es la lectura creyente de la realidad: una vigilante capacidad de discernir los signos de los tiempos, a través de una mirada alimentada con la luz y la fuerza del Espíritu Santo, que conduce a discernir lo que hay de Reino de Dios en la realidad, desde el principio compasión misericordia.

Palabras clave: discernimiento, signos de los tiempos, conversión pastoral, misericordia, Reino de Dios, nueva evangelización.

Abstract

Missionary disciples and church communities are permanently called to harvest a critical outlook of, analyze and interpret reality through faith, and to use this as a source of conversion and an instrument of evangelization. This is a believer's view of reality: An ever vigilant ability to discern the signs of the times, through an outlook nurtured by the light and strength of the Holy Spirit; this allows us to see the Kingdom of God in reality, from the principle of compassion mercy.

Key words: discernment, signs of the times, pastoral conversion, mercy, Kingdom of God, new evangelization.





*“Que todos los miembros de la Iglesia sepamos discernir los signos de los tiempos y crezcamos en la fidelidad al evangelio; que nos preocupemos de compartir en la caridad la angustias y las tristezas, la alegrías y las esperanzas de los hombres y así les mostremos el camino de la salvación”
(Plegaria eucarística V/C)*

Los discípulos misioneros y las comunidades eclesiales están llamados, de manera permanente, al cultivo de una actitud de lectura crítica, análisis e interpretación de la realidad a la luz de la fe, como fuente de conversión e instrumento de evangelización (Arquidiócesis de Bogotá, 2013).

La constitución *Gaudium et Spes* (GS) afirma que, para cumplir la misión primordial de la Iglesia que es evangelizar, se deben “escrutar a fondo los sig-

nos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio”. Por lo tanto, la lectura creyente de la realidad implica un acercarse a los “perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la mutua relación de ambas” (Concilio Vaticano II, 1965, 4).

La lectura creyente de la realidad es característica propia del discipulado misionero y debe hacerse en clave de misericordia y con opción preferencial por los pobres. Es un proceso que busca, en la Palabra de Dios, su fuente de interpretación y se propone como instrumento básico para la conversión personal, comunitaria y pastoral decididamente misionera; es además elemento clave en la actual coyuntura social. Siempre lo ha sido; de hecho, la Iglesia no ha cesado en esta tarea y de modo continuo invita a todos a hacer de ella un ejercicio permanente.

El actual Plan de evangelización (Plan E) y la definición de su nuevo paradigma de evangelización es ya, en sí mismo, una lectura creyente de la realidad social y eclesial. Todos los componentes del nuevo paradigma son una invitación a una conversión personal, pastoral y eclesial, de cara a una manera

de ser Iglesia y de evangelización acorde con los signos de los tiempos que siempre son cambiantes y dinámicos.

La fe es el lente a través del cual se observa la realidad. A ese respecto, también se señala especialmente, la necesidad de discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios (Concilio Vaticano II, 1965). “Es propio de todo el pueblo de Dios, auscultar, discernir e interpretar con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la Palabra Divina, a fin de que la Verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada” (Concilio Vaticano II, 1965, 4).

1. El problema focal: la importancia de la lectura creyente de la realidad

Fruto de los hallazgos de todas las consultas y de los ulteriores discernimientos a la luz de la fe que dieron origen al Plan E, surge el problema focal y en él queda claro que la Iglesia sabe poco de lectura creyente de la realidad y esto acarrea serias consecuencias a la tarea evangelizadora.

“La Arquidiócesis de Bogotá, como Pueblo de Dios que peregrina en medio de esta región capital, muestra una débil adhesión a la persona de Jesucristo y a su proyecto del Reino que le impide leer e interpretar, en las circunstancias actuales de pluriculturalidad, cambios permanentes e injusticias sociales, los signos de la presencia salvadora de Dios para ponerse a su servicio.¹ Consecuentemente, a pesar de los esfuerzos evangelizadores, prevalece un modo de ser Iglesia caracterizado por una pastoral de conservación: sin ímpetu misionero, de simple gestión de prácticas religiosas, poca participación, activismo individualista y asistencialismo; así nuestra Iglesia continúa recorriendo un camino paralelo a la vida y preocupaciones de la gente” (Arquidiócesis de Bogotá, 2013, 17).

Este problema focal identificado tiene tres acentos, a cada uno de los cuales se responde desde la misión de hacer una lectura de la realidad:

¹ El resaltado es nuestro.

Todo discernimiento evangélico de la realidad deriva en el compromiso por trabajar juntos, por la superación de las injusticias e inequidades.

Primer acento: la “débil adhesión a la persona de Jesucristo y a su proyecto del Reino impide leer e interpretar los signos de la presencia salvadora de Dios para ponerse a su servicio” (Arquidiócesis de Bogotá, 2013, 17). La fragilidad de la fe contiene una ceguera implícita y esta a su vez impide crecer en la adhesión a la persona de Jesucristo. La adhesión facilita la lectura y la lectura fortalece la adhesión. Por esto, se necesitan procesos de aprendizaje de lectura e interpretación y que estos sean objeto de un camino pedagógico que facilite su aprendizaje y aplicación permanente. Desde aquí se comprende el valor de la lectura creyente de la realidad como signo de adhesión a Jesús y a su proyecto del Reino.

Segundo acento: la superación de la pastoral de conservación, que se deriva precisamente de no saber leer e interpretar los signos de los tiempos, hace urgente una lectura creyente que, en adhesión a Jesucristo y a su proyecto del Reino, permita descubrir la riqueza de la realidad y secunde la acción del Espíritu Santo en una renovada misión evangelizadora de la Iglesia. En este sentido, la pregunta clave es: ¿Cómo formar evangelizadores que estén verdaderamente a la altura de estos tiempos, capaces de evangelizar al mundo de hoy? Se entiende la cuestión de la evangelización contextualizada o evangelización *in situ* que corresponde a la vida y misión de todo bautizado y la consecuente superación de acciones pastorales de conservación: sin ímpetu misionero, de simple gestión de prácticas religiosas, de poca participación, de activismo individualista y de asistencialismo; es decir, una convergencia que supere el paralelismo entre la Iglesia y la vida de la ciudad.

Tercer acento: aprender a hacer lectura creyente de la realidad y facilitarla a través de procesos permanentes es germen de la construcción de una sociedad más justa, reconciliada, solidaria, misericordiosa y que cuida de la creación, que son precisamente los factores que encarnan la evangelización decidi-

Leer los signos de los tiempos es escuchar “que el Reino de Dios nos reclama.”

damente misionera y la garantía de que la vida y la fe no caminan de manera paralela.

Cada uno de estos acentos ha de apropiarse de modo articulado al hacer lectura creyente de la realidad. Todo discernimiento evangélico de la realidad no solo pide adhesión a Jesucristo y a su proyecto del Reino, sino que además es en sí mismo un ejercicio de crecimiento en esa adhesión a Jesús y al Reino y, por lo tanto, deriva en el compromiso por trabajar juntos, con otros grupos humanos de “indignados”, por la superación de las injusticias e inequidades y por la transformación de esa misma realidad de acuerdo al plan del Dios de la misericordia; es decir, trabajar juntos por una ciudad misericordiosa, justa, solidaria y reconciliada. Todo ello va a pedir a la Iglesia superar el modelo pastoral de conservación y asumir formas de ser y actuar que hagan, del anuncio de Jesús y del Reino, en verdad, una buena noticia.

2. Leer evangélicamente la realidad a partir del principio compasión misericordia

Todo creyente y toda comunidad están llamados a una “siempre vigilante capacidad de estudiar los signos de los tiempos. Es preciso esclarecer aquello que pueda ser un fruto del Reino y también aquello que atenta contra el proyecto de Dios” (Francisco, 2013, 51). A ello se le llama discernimiento evangélico, pues es la mirada del discípulo misionero, que se “alimenta a la luz y con la fuerza del Espíritu Santo” (n. 53).

En todo discernimiento, el proyecto del Reino es lo primero. Qué hay de Reino y qué hay de deshumanización es lo que hay que discernir y saber identificar. Si esta es una tarea de siempre, hoy día toma mayor importancia. Es “una responsabilidad grave, ya que algunas realidades del presente, si no son bien resueltas, pueden desencadenar procesos de deshumanización difíciles de revertir más adelante” (Francisco, 2013, 51).

Al poner el proyecto del Reino de Dios en el centro de su preocupación, la lectura creyente, si bien

dialoga con lo investigado y diagnosticado por las ciencias humanas y sociales, no es una mirada puramente sociológica, con una metodología neutra y aséptica (Francisco, 2013, 51). No es lectura indiferente, porque opta de modo incondicional por el “Reino de Dios y su justicia”.

El proyecto del Reino de Dios se torna así en la preocupación fundamental y es la base de toda comunidad cristiana y de cada uno de los discípulos de Jesús, en particular. Ello pide

hacer de la compasión el primer principio de actuación de la comunidad en todos sus niveles, en todas las actividades y entre todas las personas. La compasión que pide justicia ha de ser la fuerza que vaya transformando nuestras parroquias en comunidades samaritanas: que no dan rodeos ante los que sufren, sino que se acercan a los desvalidos, curan las heridas de las personas y cuidan de los necesitados de ayuda (Pagola, 2015).

Ello significa que el criterio de todo discernimiento es principio compasión misericordia. Pues bajo esta “lupa” es que, según el libro Éxodo, Dios se conmueve frente al sufrimiento del pueblo de Israel en Egipto. Y es con estos mismos ojos como Jesús actúa movido a la compasión, como lo narran los evangelios.

Hablando a los sacerdotes con ocasión del Jubileo de la misericordia, el papa Francisco hizo una referencia rápida a los planes de evangelización. Advirtió que muchos de ellos no funcionan “porque les faltó la misericordia” (Francisco, 2016a). Para el papa, la misericordia es el eje de todo plan, pues “si nuestras estructuras no viven ni se utilizan para recibir la misericordia de Dios, para ser más misericordiosos con los demás, se pueden convertir en algo extraño y contraproducente” (Francisco, 2016a).

El papa ha sido reiterativo: “Es preciso comprender y practicar todas las cosas en clave de misericordia.” Las razones que da son muchas: a) “La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia (Francisco, 2015, 10); b) “La misericordia no puede ser un paréntesis en la vida de la Iglesia, sino que constituye su misma existencia, que manifiesta y hace tangible la verdad profunda del Evangelio. Todo se revela en la misericordia; todo se resuelve en el amor misericordioso del Padre (Francisco, 2016b, 1); c) La misericordia atraviesa toda la pastoral de la Iglesia: la celebración, los sacramentos, el anuncio y escucha de la Palabra.

Desde la lectura misericordiosa de los signos de los tiempos, ha de sobresalir “el carácter social de la misericordia” (Francisco, 2016b, 19) y la dimensión



social del kerigma (Francisco, 2013), ya que ella es la fuerza que nos impulsa, como creyentes, “para que la justicia y una vida digna no sean sólo palabras bonitas, sino que constituyan el compromiso concreto de todo el que quiere testimoniar la presencia del reino de Dios” (Francisco, 2016b, 19).

De hecho, la misericordia “nos impulsa a ponernos manos a la obra para restituir la dignidad a millones de personas que son nuestros hermanos y hermanas” (Francisco, 2016b, 18). “Implica, por tanto, no mirar para otro lado ante las nuevas formas de pobreza y marginación que impiden a las personas vivir dignamente” (Francisco, 2016b, 19). La lectura de los signos de los tiempos desde la misericordia invita a la Iglesia a preguntarse: ¿Cuántas son las situaciones en las que podemos restituir la dignidad a las personas para que tengan una vida más humana? Desde el corazón del Evangelio se trata de “reconocer la íntima conexión que existe entre evangelización y promoción humana, que necesariamente debe expresarse y desarrollarse en toda acción evangelizadora” (Francisco, 2013, 178).

La misericordia, como principio de lectura evangélica de la realidad, hace que la comunidad cristiana “no se olvide los pobres.” Esta es una invitación

que se impone en razón de su evidencia evangélica (Francisco, 2016b).

En toda lectura creyente, hemos de evitar caer en un relativismo práctico, que consiste en leer la realidad y decidir y actuar sobre ella “como si Dios no existiera, decidir como si los pobres no existieran, soñar como si los demás no existieran, trabajar como si quienes no recibieron el anuncio no existieran” (Francisco, 2013, 80).

Leer los signos de los tiempos es escuchar “que el Reino de Dios nos reclama.” La propuesta es el Reino de Dios (cf. Lc 4,43); se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales (Francisco, 2013, 180).

Una lectura creyente que brota de la adhesión a Jesús “nos lleva a asumir, evangélicamente y desde la perspectiva del Reino, las tareas prioritarias que contribuyen a la dignificación de todo ser humano y a trabajar junto con los demás ciudadanos e instituciones en bien del ser humano” (CELAM, 2007, 384).



“Dentro de esta amplia preocupación por la dignidad humana, se sitúa la opción preferencial por los pobres (...) Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo” (CELAM, 2007,391-392). Si esta opción “está implícita en la fe cristológica”, los pobres y la opción por los pobres son el corazón de todo discernimiento creyente de la realidad desde el principio compasión misericordia. Y lo son, porque “ellos interpelan el núcleo del obrar de la Iglesia, de la pastoral y de nuestras actitudes cristianas”, tanto, que “es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral” (CELAM, 2007, 393).

La opción por los pobres se convierte así en un principio hermenéutico de todo lo que somos y hacemos. Cubre mucho más que la pastoral social o lo que se conoce hoy día como dimensión social de la evangelización. No es una opción que se hace solo manifiesta en determinadas acciones eclesiales y supera el asistencialismo y el paternalismo. La opción por lo pobres es principio hermenéutico de renovación misionera de la Iglesia. La opción por los pobres, en últimas, es consecuencia de la adhesión a Jesús y su proyecto del Reino (Jiménez, 2016).

3. La misericordia el rostro de Dios que vive y actúa en la ciudad

El paradigma para la evangelización en la ciudad se detiene en tres situaciones humanas, sociales, culturales y religiosas que engloban la realidad cambiante de la ciudad de Bogotá: pluralismo, transición sociocultural y desigualdades sociales. Con ello, no es que se haya cerrado la posibilidad de la lectura creyente de la realidad. Si los entendemos como los hechos significativos de la realidad que más nos condicionan e interpelan son realidades presentes y en constante transformación que piden de nosotros una lectura continua de los mismos.

De hecho, en el documento de fundamentación teológico pastoral del nuevo paradigma se afirma que “conocer y discernir permanentemente nuestra ciudad región, sus sujetos, sus lógicas, sus dinámicas, sus procesos de construcción, con una mirada de discípulos misioneros, en la línea del discernimiento evangélico propuesta por el papa Francisco, será un desafío permanente para poder inculturar el Evangelio y la vida de la comunidad eclesial y para lograr que en medio de estas complejas realidades,

en medio de las luces y las sombras que producen, se reconozca y acoja el reinado de Dios presente y actuante en la vida de las personas” (Arquidiócesis de Bogotá, 2014, 15).

El discernimiento es continuo, porque es necesario seguir descubriendo estos hechos significativos de la realidad de la ciudad de Bogotá, para esclarecer aquello que pueda ser un fruto del Reino y también aquello que atenta contra el proyecto de Dios, o para considerar los aspectos de la realidad que detienen o debilitan los dinamismos de renovación misionera de la Iglesia.

Esta mirada es pastoral, porque es ante todo una mirada de fe. Mirada que pide, a su vez, la superación de muchas visiones que en el fondo son una “no-mirada”, son indiferencia ante lo que realmente pasa con la vida humana. Es también una mirada violenta e intolerante que trae consigo posturas llenas de intransigencia. Es una lectura de la realidad más cercana a la del fariseo en el templo que señala al publicano: lo juzga, lo rechaza y lo condena, ya que él se siente y se cree mejor, superior. Esta es una mirada que no es evangélica, porque no está inspirada en el principio compasión misericordia. Es una mirada que se hace a partir de una imagen equivocada de Dios, mas no desde el verdadero rostro del Dios Padre que es misericordia.

La mirada samaritana, la que se hace a la luz del principio compasión misericordia, es la mirada de proximidad, de quien se hace prójimo. Esta mirada pide una escucha atenta a lo que la ciudad-región nos dice de Dios y a lo que Dios mismo nos dice a través de la región capital. Y ello es posible, porque “la fe nos enseña que Dios vive en la ciudad, en medio de sus alegrías, anhelos y esperanzas, como también en sus dolores y sufrimientos. Las sombras que marcan lo cotidiano de las ciudades, como por ejemplo, violencia, pobreza, individualismo y exclusión, no pueden impedirnos que busquemos y contemplemos al Dios de la vida también en los ambientes urbanos” (CELAM, 2007, 514).

Lectura creyente y misericordiosa de la realidad es aquella que

“reconoce la ciudad desde una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas. La presencia de Dios acompaña las búsquedas sinceras que personas y grupos realizan para encontrar apoyo y sentido a sus vidas. Él vive entre los ciudadanos promoviendo la solidaridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad, de justicia. Esa presencia no debe ser fabricada

La opción por los pobres se convierte así en un principio hermenéutico de todo lo que somos y hacemos.

sino descubierta, develada. Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero, aunque lo hagan a tientas, de manera imprecisa y difusa” (Francisco, 2013, 71).

Si acogemos tanto lo dicho por Aparecida como lo señalado por el papa Francisco, una pregunta fundamental en cualquier lectura creyente de la realidad es cuestionarnos por las imágenes equivocadas de Dios desde las cuales leemos su actuar, su presencia. Estas imágenes nos conducen a posturas fatalistas, fanáticas, integristas, autoritarias, dogmáticas o fundamentalistas, que se expresan de forma concreta en nuestros modos de ser Iglesia, de ser creyentes y de evangelizar.

Hoy se pide una nueva comprensión y vivencia de la experiencia de fe, a partir de una purificación de la imagen de Dios, para que ella corresponda plenamente a la revelada por Jesús (Silva, 2017):

Es imposible pretender un cambio pastoral si primero no examinamos la manera como estamos pensando e interpretando la fe en cuestiones tan importantes como la imagen de Dios, la intelección de su Palabra, el concepto de revelación, la persona de Jesús, el sentido de la historia donde ese Dios se revela y la comprensión del mundo donde realizamos el camino de la fe. Inevitablemente la interpretación que hacemos de estas realidades se refleja en nuestras acciones pastorales (Cadavid, 2012, 1).

Por eso, para descubrir la calidad de nuestra fe basta con que nos preguntemos: ¿quién es Dios verdaderamente para nosotros? O también: ¿qué sabemos de Dios y cómo lo sabemos? ¿Es Dios para nosotros el ser supremo que rige el orden del mundo? ¿Es la primera causa que lo explica? ¿Es el ser necesario que exigen los contingentes, que somos nosotros, para tener razón de ser? Si es eso que aprendimos en filosofía y tal vez una teología mal orientada, Dios podrá ser



para nosotros la causa primera al servicio de nuestra explicación de la realidad, la idea de infinito presente en la mente que garantiza mi visión de las cosas y, tal vez, una forma de moral. Pero un Dios así no es el Dios de nuestra fe (Velasco, 2012).

Puede decirse de modo general que hay dos comprensiones fundamentales de Dios: la funcional y la personal o real. En la primera, Dios aparece como un algo, una cosa, una potencia con la que el ser humano puede contar, poniéndola a su servicio. Dios es visto como un producto que responde a una necesidad del ser humano. En la segunda, Dios aparece como Dios, no es usable, no es una cosa ni es doblegable a los propios intereses (González, 2003).

La primera, la comprensión funcional espera de Dios que sea el poder que garantice nuestra felicidad, que nos dé la victoria contra el enemigo, que nos ahorre la angustia del futuro, que nos dé certeza. Aquí el ser humano no respeta a Dios, no pregunta quién es y qué quiere, no se abre a su voluntad y esperanza, sino que proyecta sobre Él la propia necesidad. Aquí actúa una comprensión mágica para conquistarse a Dios, sin respeto para con Él y sin atender a la dimensión racional y moral de las acciones o soluciones que se pretenden.

La comprensión personal, en cambio, se abre al Dios de la misericordia, remitiéndose de modo libre y razonable a su voluntad. Dios no es un dios para manipular, sino para relacionarse con Él. Es un Dios que se hace historia y que se manifiesta en Jesús. Y en Él, al hacerse prójimo, da a conocer quién es el prójimo: todos los seres humanos, pero particularmente, las víctimas de la historia.

La lectura samaritana, la que asume que el rostro de Dios es misericordia, no cae en supersticiones, misticismos y mucho menos en “milagrerismos”. Más bien, nos educa al sentido cristiano y fuerte de

La lectura samaritana, la que asume que el rostro de Dios es misericordia, no cae en supersticiones, misticismos y mucho menos en “milagrerismos”

la encarnación que es “kenótica”, es decir, aquella que presenta la huella de Dios en el reverso de la historia, allí donde el sufrimiento y el clamor de las víctimas, gritan solicitando justicia.

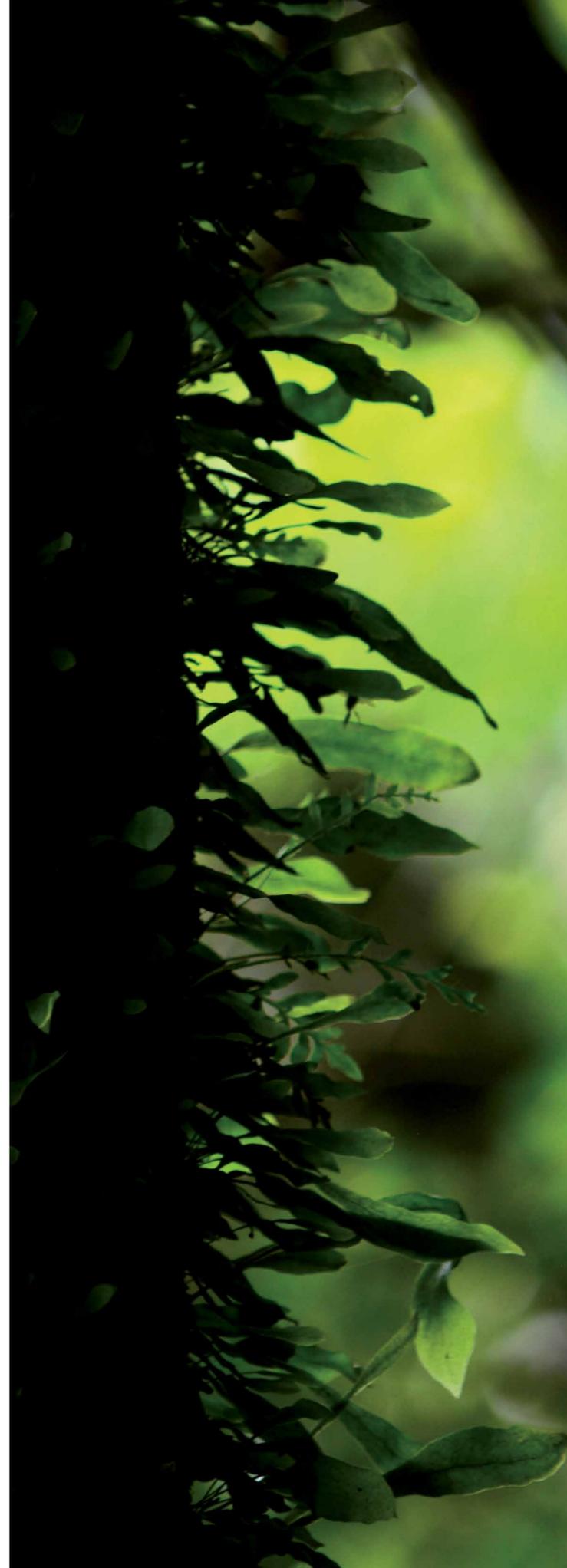
Desde el Dios de la misericordia, se entiende que la fe cristiana no es un conjunto de ritos ni un sistema cultural ni una manera de aplacar poderes desconocidos ni un falso consuelo para los pobres. Es la respuesta libre y confiada a un Dios personal, al Dios revelado en Jesucristo. Es una actitud filial. La fe en Dios pide el respeto por la dignidad de todo ser humano, por la dignidad de lo creado. Por muchas diferencias que existan, la fe en Dios permite el reconocimiento y la valoración de la fundamental igualdad de todos los seres humanos. Invita a una relación universal fundada en la verdad y en el amor. Una fe vivida así, es una forma de vivir la fe distante de cualquier forma de fanatismo, fundamentalismo y autoritarismo. Una forma de vivir la fe haciéndose prójimo de todos, especialmente de las víctimas de la globalización deshumanizante y excluyente. Este tipo de fe, abierta, en diálogo, encarnada y comprometida con las víctimas de la historia, es una fe que supera la credulidad, la irracionalidad y lo mágico del resurgir religioso hoy, más cercano a actitudes premodernas. Todo ello permite dejar de ver la fe como visión. Es equivocado pensar que el creyente lo tiene todo claro y que siempre tiene una respuesta para todas las preguntas (Jiménez, 2016).

4. El horizonte de la lectura creyente de la realidad: la ciudad de la misericordia

Los tres acentos descritos al inicio de este texto, pero de modo especial el tercero, son en la Arquidiócesis primordiales en toda lectura de la realidad, dada la dificultad que tenemos de leer los signos de los tiempos, como nos lo dice el problema focal. Dificultad que nos ha llevado a que los importantes esfuerzos de renovación de la Iglesia arquidiocesana, se queden en la autorreferencialidad, en acciones que no transforman la vida cotidiana; en actos que se pueden desligar de las angustias, afanes y anhelos de las personas; en prácticas descontextualizadas y desarticuladas entre sí.

La lectura de los signos de los tiempos, a la luz del principio misericordia, en los términos descritos, descentra a la Iglesia, pues la pone en la perspectiva del Reino de Dios. Como lo reconoce el Plan E:

Hoy la práctica de la evangelizadora de la región capital está llamada a ponerse al



servicio de esa vida plena que genera una transformación de todo el ser humano y de todos los seres humanos, promoviendo el compromiso de cada bautizado, desde su estado de vida, y de cada comunidad, por la justicia, la reconciliación, la solidaridad y el cuidado de la creación (Arquidiócesis de Bogotá 2014, 109).

Para nosotros, habituados a una pastoral que gestiona prácticas de vida religiosa, este resulta ser un llamado a realizar una acción evangelizadora convergente, dialogante, solidaria y de servicio, de acuerdo con la idea fuerza del Plan E. En esta idea fuerza -que recoge nuestro ideal futuro de creyente, de Iglesia y de sociedad- no solo se invita a superar la pastoral de conservación y de carácter más bien rural, sino que también se subraya el llamado a “anunciar a Jesucristo con una actitud dialogante, profética y propositiva, en medio de la pluralidad cultural y participar en la construcción de una sociedad más justa, reconciliada, ecológica, solidaria y misericordiosa” (Arquidiócesis de Bogotá, 2012).

Este llamado a este tipo de ciudad, justa, solidaria y reconciliada es una constante en el discernimiento evangélico en la elaboración y puesta en marcha del Plan de evangelización. Toma fuerza de convocatoria común en el Plan cuando se afirma:

Nuestra región capital, así como es nuestro lugar de arraigo y peregrinación, también es el campo del Señor al cual somos enviados como comunidad de discípulos misioneros de Jesucristo y con el cual nos sentimos íntima y realmente solidarios. Nada hay verdaderamente humano que acontezca en ella, que no encuentre eco en nuestro corazón. Por esto, nos reconocemos ciudadanos, pero simultáneamente evangelizadores de nuestra propia realidad; nos reconocemos comunidad que necesita ser evangelizada en su realidad urbana y rural, pero a la vez evangelizadores, llamados a tomar posición frente a nuestra realidad como fermento del Reino, sal y luz, humildes servidores del Reinado de Dios, ya presente y actuante en medio de nosotros.

Especialmente, nos sentimos llamados e interpelados por los clamores de liberación, de vida verdadera, de transformación de las actuales situaciones de exclusión e inhumanidad que hay en nuestra región, y ante los cuales el Señor Jesucristo y su Reino se constituyen en esperanza de salvación.

Como enviados del Señor, portadores de una Buena Noticia de vida verdadera, de humanidad auténtica, queremos hacernos prójimo de nuestros hermanos e instrumentos de su misericordia y comunión (Arquidiócesis de Bogotá, 2013, 16).

De este modo, la Iglesia, junto con otros agentes sociales y grupos humanos, desde su adhesión a Jesús y su proyecto del Reino, se indigna y rechaza todo aquello que lo contradice y secunda la acción del Espíritu en la construcción del Reino. Para todo ello, el Plan E propone un nuevo paradigma misionero, señala un ideal que inspira y anima la renovación de nuestra Iglesia y plantea un horizonte futuro para nuestra ciudad-región.

Desde una visión antropológica y cosmológica, que es propia de la fe en Cristo, el Plan identifica un ideal a alcanzar, en el que “la Arquidiócesis de Bogotá se define por su condición de pueblo de Dios y propone, como primer criterio de la verdad de su adhesión a la persona de Cristo y a su proyecto del Reino, que su fidelidad al Evangelio se exprese en la vida de comunidad, mediante la participación orgánica y dinámica de todos sus miembros y la renovación constante de sus estructuras de comunión.” También, “tanto en el paradigma como en la idea fuerza de nuestro Plan hay una clara referencia desde la adhesión al proyecto del Reino a la fermentación de nuestra sociedad a un llamado muy claro a que cada bautizado y la Iglesia, como un sujeto social, asuma su responsabilidad en la construcción de un mundo más conforme con el designio de Dios” (Arquidiócesis de Bogotá, 2014, 57).

Con la lectura de los signos de los tiempos, bajo la lupa del principio compasión misericordia, se acoge el llamado a pasar de una evangelización centrípete, eclesiocéntrica, clerical, replegada del mundo o separada de él, a una reinocéntrica, de comunión y participación, así como de inculturación. El nuevo paradigma apuesta por una evangelización contextualizada e inculturada, desde una presencia dialógica, que entiende a la ciudad como una interlocutora madura de su propuesta del Evangelio, en el respeto de la libertad religiosa y de conciencia. Una acción humilde, dispuesta a aprender del otro, dejando atrás actitudes de “eclesiocentrismo” y de autosuficiencia. Es la puesta en marcha de un modelo que esté en capacidad de responder a las más variadas situaciones del momento presente y que se continuarán manifestando en el futuro: secularización, laicidad, democracia, pluralismo, complejidad, incertidumbre, violencia, injusticia, y profundas transformaciones en lo religioso.



La misericordia hace creíble y razonable el anuncio del Evangelio en las actuales sociedades plurales, democráticas, globalizadas y de profundas inequidades.

La lectura creyente de la realidad nos invita a pensar la presencia de la Iglesia en la ciudad y su participación en ella de un modo convergente con su realidad, desde el principio compasión misericordia. Es desde este principio que hemos de leer teológicamente nuestra realidad urbana, con sus transformaciones, dinámicas y desigualdades.

La lectura creyente de la realidad nos hará dóciles a la acción del Espíritu Santo y nos ayudará a acoger la llamada a servir al proyecto de Dios, que nos pide unir esfuerzos con todos los ciudadanos de buena voluntad a la transformación de la ciudad región actual. La Iglesia aparece así como sal, luz y levadura.

Como fruto del diálogo, el análisis y el discernimiento hecho por la familia arquidiocesana, la fe en el Dios de la misericordia nos dice que la plenitud del proyecto de Dios, para toda la humanidad, pasa por el compromiso y colaboración de esta Iglesia particular con la vida digna para todos, y en actitud samaritana, de una ciudad misericordiosa, es decir, justa, reconciliada, solidaria y que cuida de la creación.

En los fundamentos teológicos del Plan de evangelización no solo se justifica la expresión “ciudad misericordiosa”, sino que además se explica teológico y pastoralmente:

Sentimos que la expresión “Ciudad de la misericordia” es afortunada. Su génesis pertenece al sentir eclesial del pueblo de Dios en pleno, por ello no reclama una autoría particular. Tiene el sabor de toda inspiración espiritual, porque es voz del Espíritu Divino en el pasado Sínodo Arquidiocesano, con su particular fuerza que traspasa fronteras, que tiende a no quedarse solamente en los ámbitos eclesiales, para abrirse a la vida toda, con sus culturas, religiosidades, etnicidades, diversidades

y complejidades. Es una expresión adecuada para tender puentes y crear lenguajes acordes con el cambio de época que vivimos. Permite divisar el movimiento del Evangelio que empezó en Galilea, la Buena Noticia de que nuestro Dios, cuyo rostro hemos acariciado en Jesús de Nazaret, también es humano, lo que quiere decir cercano, comprensivo, lleno de ternura, apasionado en amor ilimitado por la humanidad, esto es, un Dios Misericordioso, con entrañas conmovidas.

La particularidad de la expresión es su capacidad para reunir, convocar, juntar caminos, deshacer rigideces de pensamiento y de actitud, sentir con los demás, caminar con su condición humana, compadecerse con el sufrimiento que les oprime. Se refiere a una manera de ser y de actuar, cuyo núcleo se ubica en la experiencia de lo religioso, pero centrada en el rostro, en la imagen de Dios representada en la parábola del Buen Samaritano (Lc 10, 25-37).

(...) Este es el horizonte evangelizador de la Iglesia en Bogotá. Es el aporte más claro que podemos hacer a la realidad colombiana en el momento actual. Es el camino para la verdadera paz (Arquidiócesis de Bogotá, 2014, 74-75).

La misericordia posee un valor que sobrepasa los confines de la Iglesia (Francisco, 2015). La misericordia es algo propio de todas las religiones auténticamente vividas. Lo es también de cualquier búsqueda y de cualquier compromiso de transformación social y de justicia. Ellas brotan de la indignación frente a la injusticia y del deseo de una sociedad distinta, tal como lo señala el breve texto de Stéphane Hessel (2010) que lleva por título “Indignaos”, y en donde afirma que lo que mueve a la búsqueda de una sociedad distinta es la indignación y la indiferencia es, por tanto, la peor de las actitudes. Es imposible no encontrar en este texto la parábola del Buen Samaritano.

Por esta razón, al ser el principio compasión misericordia expresión del ser humano auténtico que indignado ante la realidad de injusticia actúa para superarla hace a la Iglesia, y a su evangelización, convergente con la vida de la ciudad, superando todo tipo de presencia paralela, desencarnada y descontextualizada. Como se hizo ver en otro apartado, acogiendo una serie de expresiones del papa Francisco, la misericordia hace creíble y razonable el anuncio del Evangelio en las actuales sociedades plurales, democráticas, globalizadas y de profundas inequidades.

Convergencia con todo lo que es auténticamente humano y que es expresión de un modo de ser Iglesia pobre y para los pobres, de una Iglesia en salida, de una Iglesia que evangeliza a partir de la cultura del encuentro tal y como lo pide el papa Francisco de modo reiterativo y que, de modo especial, lo solicitó para el caso específico de América Latina en un discurso a los directivos del CELAM:

En Aparecida se dan de manera relevante dos categorías pastorales que surgen de la misma originalidad del Evangelio y también pueden servirnos de pauta para evaluar el modo como vivimos eclesialmente el discipulado misionero: la cercanía y el encuentro. Ninguna de las dos es nueva, sino que conforman la manera como se reveló Dios en la historia. Es el “Dios cercano” a su pueblo, cercanía que llega al máximo al encarnarse. Es el Dios que sale al encuentro de su pueblo. Existen en América Latina y El Caribe pastorales “lejanas”, pastorales disciplinarias que privilegian los principios, las conductas, los procedimientos organizativos... por supuesto sin cercanía, sin ternura, sin caricia. Se ignora la “revolución de la ternura” que provocó la encarnación del Verbo. Hay pastorales planteadas con tal dosis de distancia que son incapaces de lograr el encuentro: encuentro con Jesucristo, encuentro con los hermanos. Este tipo de pastorales a lo más pueden prometer una dimensión de proselitismo pero nunca llegan a lograr ni inserción eclesial ni pertenencia eclesial. La cercanía crea comunión y pertenencia, da lugar al encuentro. La cercanía toma forma de diálogo y crea una cultura del encuentro (Francisco, 2013b, 3).

De nuevo, en su visita a Colombia, el papa recordó que la Iglesia será samaritana y actuará movida por el principio compasión misericordia, siempre y cuando “sin pretensiones humanas, continúe prestando el humilde servicio al verdadero bien del hombre latinoamericano. Debe trabajar sin cansarse para construir puentes, abatir muros, integrar la diversidad, promover la cultura del encuentro y del diálogo, educar al perdón y a la reconciliación, al sentido de justicia, al rechazo de la violencia y al coraje de la paz” (Francisco, 2017, 50). ☉

Bibliografía

Arquidiócesis de Bogotá. (2012). *Unidos y comprometidos por un ideal*. Bogotá.

- Arquidiócesis de Bogotá. (2013). *Plan de Evangelización 2013-2022*. Bogotá: Arquidiócesis de Bogotá.
- Arquidiócesis de Bogotá. (2014). *El paradigma de evangelización en la Arquidiócesis de Bogotá. Fundamentos teológicos y pastorales*. Bogotá.
- Cadavid, Á. (2012). Fundamentos teóricos y pastorales de la nueva evangelización. *Medellín*(151), 335 - 355.
- CELAM. (2007). *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Documento conclusivo de Aparecida (DA)*. Aparecida.
- Concilio Vaticano II. (1965). *Gaudium et spes. Constitución pastoral sobre la iglesia y el mundo de hoy. (GS)*. En C. V. II, *Concilio Vaticano II. Documentos completos*. Roma: San Pablo.
- Francisco. (2013). *Evangelii Gaudium. La Alegría del Evangelio (EG)*. Roma.
- Francisco. (28 de Julio de 2013b). *Viaje apostólico a Río de Janeiro con ocasión de la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud. Encuentro con el comité de coordinación del CELAM*. Obtenido de vatican.va.
- Francisco. (2015). *Misericordiae Vultus. El rostro de la misericordia (MV)*. Ciudad del Vaticano.
- Francisco. (2 de Junio de 2016a). Tercera meditación: El buen olor de Cristo y la luz de su misericordia. *Jubileo extraordinario de la misericordia. Retiro espiritual impartido por el Santo Padre Francisco con ocasión del Jubileo de los Sacerdotes*. Vaticano.
- Francisco. (2016a). *Misericordia et misera (MM)*.
- Francisco. (2017). *Francisco visita apostólica a Colombia. Homilias y discursos*. Bogotá: San Pablo - Paulinas- Conferencia Episcopal de Colombia - Arquidiócesis de Bogotá.
- González, O. (2003). La fe del hombre, la realidad de Dios y el destino del mundo. En F. Sebastián, & F. González de Cardenal, *La fe en Dios, factor de paz o de violencia* (págs. 283-326). Madrid: San Pablo.
- Hessel, S. (2010). *Indignaos*. Barcelona: Destino.
- Jiménez, M. J. (2016). Descriptores de un cristianismo posmoderno. Reflexiones para la iniciación cristiana y la catequesis. *Medellín, XLII*(166), 543 - 578.
- Pagola, J. A. (2015). *Recuperar el proyecto de Jesús*. Madrid: PPC.
- Silva, A. (2017). Principio compasión misericordia. En Revista Faro No. 1. Bogotá, 88 - 105.
- Velasco, J. M. (2012). Ser creyente hoy. En D. Aleixandre, J. M. Velasco, & J. A. Pagola, *Fijos los ojos en Jesús. En los umbrales de la fe*. PPC.